

JIMÉNEZ LÓPEZ, Jorge: *Diego de Anaya y Maldonado. Cultura visual y librería de un arzobispo castellano en los albores del humanismo*, Granada, Universidad de Granada, 2022, 180 págs. ISBN: 978-84-338-6961-6.

**Javier Herrera-Vicente**  
*Universidad de Salamanca*

En tiempos de la hipercomunicación acelerada repleta de imágenes faltas de intensidad semiótica, la literatura se presenta cada vez más, como un enigma. Un misterio que, paulatinamente, se hace más ilegible por la necesidad de la devoración inmediata del disfrute que, no admite circunloquios teóricos. Verse envuelto en el proceso de la lectura proviene de un saber que se disfruta en un lapso más amplio. El lector convendrá que, recorrer las letras impresas en el papel establece un diálogo pausado con su autor. Las fuentes escritas que son capaces de cristalizar la memoria del pasado, ganan esa guerra perpetua contra el tiempo destructor crecientemente veloz. El libro es –como señalará Emilio Lledó– una prodigiosa trampa con la que la inteligencia y la sensibilidad humana vencieron esa condición, efímera y fluyente. Comenzando *in extrema res*, la última declaración de Jiménez López circunda esta idea al dar cuenta de que, la memoria intelectual, espiritual y vegetal del arzobispo Diego de Anaya y Maldonado la detenta el Estudio Salmantino. En efecto, no se le resta un ápice a esta aserción, pero ha de completarse como es debido, pues el dicho autor contribuye a que la memoria del prelado no caiga en el olvido. El libro que aquí se reseña posee, fomenta, proyecta, perpetúa y revive el recuerdo de Anaya, venciendo, de este modo, a la vorágine de la contemporaneidad. Urdida la red de palabras que conforman este libro, la realidad ha quedado atrapada y es el destinatario el que recibe con gusto, una afortunada empatía con D. Diego, el objeto de la dedicación vocacional de Jorge Jiménez<sup>1</sup>.

La obra constituye otro volumen de estudio del patrimonio librario del prelado, asunto de estrecha relación con los argumentos esgrimidos en el resto de sus publicaciones; fruto de una voluminosa tesis que ha granado un corpus de lectura que desde aquí se recomienda encarecidamente. En este sentido, la presente monografía centra sus intereses en la revisión de la figura del insigne arzobispo en relación con la promoción, adquisición y actitud hacia la colección de libros que reunió en sus últimos días y, en correspondencia a sus empeños personales e influencias del humanismo europeo. A partir de la lectura se pueden distinguir siete epígrafes diferenciados, entre los que se encuentran: las palabras liminares, «Los inventarios de libros en el Ms.

---

<sup>1</sup> Valga como ejemplos elocuentes: Su tesis doctoral titulada: «Cultura visual y librería del Arzobispo Diego de Anaya y del Colegio Mayor de san Bartolomé entre 1433 y 1440»; su primer producto en forma de libro de ésta: Jorge Jiménez López, *Libros y primer humanismo en Salamanca. Inventarios y ámbitos del patrimonio librario del Colegio Mayor de San Bartolomé de la Universidad de Salamanca entre 1433 y 1440* (Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2020); y estudios más detallados en: Jorge Jiménez López, *Materializar un manuscrito iluminado en la Italia del Trecento. El «Comentario a las Tragedias de Séneca» de Nicholas Trevet (Salamanca, Biblioteca General Histórica, Ms. 2703)* (Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca (col. Historia de la Universidad, nº 111), 2021).

Espagnol 534 (París, BNF)», «Diego de Anaya y los libros», las palabras conclusivas, el corpus de imágenes, la bibliografía y los índices.

Acordaremos que, ante tan sugestivo trabajo los comentarios que aquí se proveen no harán justicia a tal lectura, por lo que se evocará un esbozo que, a modo de reclamo atraiga a los posibles lectores. Califíquese la propuesta planteada de doblemente ambiciosa. Primeramente, ajusta y realiza una revisión profunda de la colección libraria, acudiendo de manera prioritaria a los testimonios más antiguos (Ms. *Espagnol* 524 y la copia realizada en 1748 de un *Índice de libros* de la biblioteca del Colegio de San Bartolomé de Salamanca redactado en 1550). A este respecto, compromete con ello a aquellos abordajes que han priorizado fuentes posteriores (Las historias «oficiales» de Ruiz de Vergara y el escrito de Rojas y Contreras), pero ello no le exime de celebrar y no renegar del consenso con ciertas tesis. Y, por otro lado, fundamentando esta aseveración, logra con soltura proponer nuevos campos de investigación, así como conclusiones historiográficas de gran calado. El proyecto no pretende, y así lo recuerda el autor, buscar una intención en la colección de D. Diego de Anaya, sino que aspira a entender las razones de adquisición de los libros y, sus funciones y usos fluctuantes que le concede su propietario. Una propuesta metodológica que condena las lecturas únicas y universales y que, en suma, intenta amplificar los valores semánticos y simbólicos del tema a tratar.

Siguiendo el orden propuesto, la monografía se inicia con un capítulo introductorio en el que se recogen aquellas aportaciones anteriores al tema de estudio, por lo que, a modo de estado de la cuestión diacrónico, da cuenta de las vicisitudes de la colección y, las virtudes y carencias de las obras que la han abordado. Esta lectura en clave crítica le permite al autor identificar las fallas, por lo que propone la reconducción del estudio a la luz de aquellas propuestas basadas en las fuentes más antiguas anteriormente señaladas.

Tras plantear una acertada contextualización, el segundo de los epígrafes lo ha dedicado a los inventarios del citado Ms. *Espagnol* 524. Después de trazar la fortuna de estos, y realizar un escrutinio de los ítems del repertorio con su correspondiente cotejo con el contenido de la librería y las donaciones aportadas por Anaya, consigue desbancar uno de los tópicos frecuentemente repetidos: la consideración de que la colección del arzobispo fue el germen de la del Colegio Mayor de San Bartolomé (espacio al que donó sus libros en 1433). En efecto, su estudio demuestra que componían una unidad bibliográfica independiente. Seguidamente concreta el patrimonio librario que tendría dicho espacio formado por: la colección de D. Diego, la librería propia del Colegio, los libros de la sacristía y, cabría añadir un cuarto grupo compuesto por el conjunto de códices que tiene el prelado en sus últimos años de gobierno sevillano. Para refrendar sus tesis trama a la publicación los inventarios de la librería del Colegio custodiados en el susodicho código parisino Ms *Espagnol* 524. Una decisión que refleja la paradójica autonomía, clarificando, de este modo, el lugar común.

En el tercer epígrafe se abre un nuevo apartado de trabajo. En este se presenta un análisis de la figura de Anaya y su relación con los libros, particularmente con el contenido y condiciones de sus últimos encargos y donaciones. Sustentándose en los contenidos de los inventarios deduce la intensa actividad política, eclesiástica y orientación filosófico-religiosa del prelado, vinculada desde luego, con el ambiente

prehumanístico. Tras ello, atiende a la actitud que Anaya mostró hacia los textos y su posible pretensión de evocar una imagen determinada a través de su colección. Revierte de nuevo otro cliché fraguado en la pléyade de estudios anteriores, esta vez, referido a la pasión desaforada del arzobispo por los libros. Apoyado en las argumentaciones de Lucía Lahoz (2015: 298), quien ya comentara que la descripción de Anaya como un destacado bibliófilo pudo ser un recurso retórico, Jiménez López aminora aún más esa mítica pasión. Referente, precisamente, a la descripción de su figura y tras restar magnificencia a ese entusiasmo librario, revisa el concepto de mecenazgo aplicado a su figura, confirmando que la colección de libros de uso personal no era concebida para transmitir de forma pública su memoria. Asimismo, el autor sigue refrendando la pervivencia de relatos estereotipados, ahora, en lo que concierne a la adquisición de libros. Demuestra que no existen evidencias que permitan seguir manteniendo que, la visita al afamado Colegio Mayor de San Clemente en Bolonia fuera determinante para la creación de las colecciones. Es más, Jiménez López apunta que la influencia —precisamente por la presencia de ejemplares en su inventario— pivotó sobre el foco de Aviñón, centro del suministro librario personal del arzobispo. Dedicar un especial interés a las relaciones de éste con los círculos prehumanistas franceses e italianos, de entre los que se ha de destacar —por su especial relevancia— el estudio del comentario de Nicholas Trevet a las *Tragedias* de Séneca. Esta investigación merece una especial atención ya que abre nuevas vías a los estudios literarios acerca de la circulación de textos y corrientes literarias, un análisis tan sugerente que resulta casi una impertinencia simplemente mencionarlo sin su extendida explicación. De acuerdo con este acercamiento del arzobispo a los códices foráneos de centros de reconocido prestigio, Jiménez López reniega de aquellas propuestas que dudaban del interés del prelado por los manuscritos de refinada calidad. Deja para el final sus observaciones acerca de los últimos encargos de la trayectoria eclesiástica de D. Diego, un periodo desatendido historiográficamente. Presenta un análisis personalizado de tres ejemplares de este repertorio y confirma con ello, la inquietud intelectual del arzobispo hasta sus últimos días, y no solo eso, sino su consciencia de las corrientes de vanguardia literaria europea, afirmación que fundamenta al lanzar una hipótesis en la que Anaya colaboraría con el afamado iluminador Pedro de Toledo. Asimismo, merece una particular atención el análisis del *Libellus de causis* [...] de Telesforo da Cusetia (Ms. 2667) dentro de la relación del arzobispo con los libros: porque da cuenta de la recepción del escrito profético del calabrés en su colección, y porque se analiza el texto junto con la imagen, procedimiento esencial para conocer la función del texto.

Libros como esta monografía revestida no solo de información, sino de un repleto aparato crítico fruto de una investigación profunda, no solo ayudan a conocer mejor la temática concreta, sino que constituyen empresas historiográficas de tal calado que ayudan a encarar metodológicamente de forma más ajustada los objetos de estudio. La extensa bibliografía tanto general como local y, el índice onomástico, termina de componer un libro esencial para la docencia y la investigación. Es un motivo de celebración la reseñada publicación, puesto que logra reivindicar los verdaderos estudios multidisciplinarios en donde el arte y la literatura se incardinan a la perfección para hacer repensar los tópicos, para corregir las alteraciones y, para reclamar el retorno a los estudios sosegados, pausados, de horizontes sin límites, en definitiva, un recurso

inmejorable para resistir al avance imparable de la denominada por Zygmunt Bauman, «modernidad líquida».